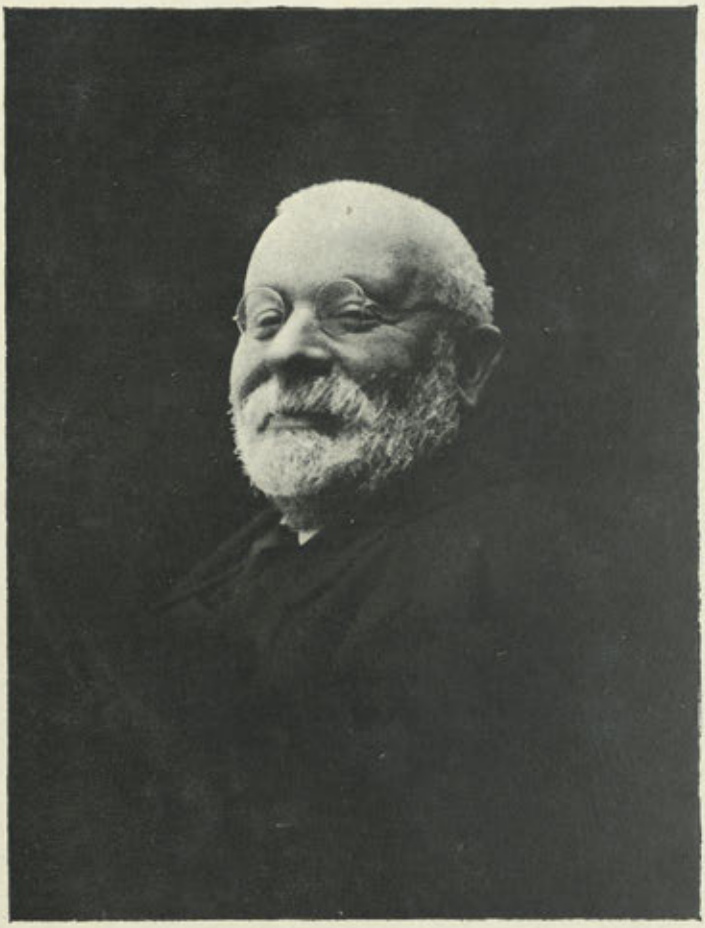

DON JUAN BARCIA CABALLERO

† EN SANTIAGO EN 11 DE OCTUBRE DE 1926

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XXI | *Coruña, 1.º Noviembre 1926* | Núm. 188

LETRAS DE LUTO

DON JUAN BARCIA CABALLERO

No acaban para la Real Academia Gallega las horas amargas y los golpes funestos. Un nuevo compañero, ilustre entre los más ilustres y selecto entre los más selectos, acaba de bajar a la tumba, privando a nuestra Corporación del brillo esplendente que su docta personalidad irradiaba.

El exquisito y delicado poeta D. Juan Barcia Caballero, sabio maestro de la Facultad de Medicina de Santiago y Rector honorario de la gloriosa Universidad compostelana, rindió su tributo a la muerte en la vieja y monumental ciudad del Apóstol. El señor Barcia Caballero, entre nuestros hombres de letras, era de los consagrados e indiscutibles. Era sin duda alguna, a la hora presente, la primera y quizá única figura que nos quedaba de la legión precursora que tanto contribuyó al actual esplendor de la lírica gallega. Puede, pues, decirse que con él desaparece el último precursor de nuestro pujante renacimiento literario, que hoy está en su máximo apogeo.

No es este el momento oportuno de estudiar al venerable maestro en su aspecto literario. Sea permitido afirmar, sin embargo, que aunque no hubiese escrito más que *O arco da vella*, bastaríale esta sola popular poesía para pasar a la posteridad.

Dotado de una fecundísima inspiración y de una poética fuerza descriptiva, que pocos podrán igualarle y acaso nadie superarle; por las admirables y admiradas páginas de sus *Rimas*

corre caudaloso el claro manantial de nuestra lírica contemporánea. Las bellezas de pensamiento, la elevación del estilo, la pureza y espontaneidad de la versificación, las exaltaciones de la tierra que fué su cuna y es su eterno lecho, la depuración del léxico, que sus arrebatos poéticos convierten en carne viva de nuestra lengua, han hecho de Barcia Caballero uno de los escogidos y de los sinceramente acatados.

En la cátedra compostelana, que fué para él durante muchos años como un altar de sacerdocio, puso de relieve sus altas dotes de modelador y conductor de juventudes, administrando diariamente a éstas el pan espiritual de su sabiduría, y oficiando siempre con la autoridad que le daban sus prestigios científicos y sus paternales condiciones educadoras.

Aquella su perenne y beatífica sonrisa, que ganaba desde el primer momento los corazones; aquella su característica placidez, que iluminaba su semblante apacible; aquella su acogedora bondad, que esclavizaba las almas; aquella su voz meliflua y dulce, que sonaba reposada y un poco musicalmente; de tal modo se infiltraban en quienes por primera vez acudían a él, que así se explican las generales simpatías, los unánimes respetos y las fervorosas devociones que en todos sabía despertar.

De D. Juan Barcia Caballero puede decirse sin equívoco que su rostro era el espejo de su alma, pura, limpia y casi infantil. Católico ferviente y sincero, no ocultó jamás sus convicciones, sino que por el contrario se complacía en hacerlas ostensibles sin rebozo, pero también sin vanos alardes, reconociendo que nada hay más respetable, ni más honroso, ni más dignificador, ni más santo, que la fe y la firmeza en los ideales y en las creencias.

Corazón de niño, en su espíritu hallaban siempre asilo benévolo y consolador todas las desgracias y todos los infortunios ajenos. Así, para los infelices que tenían que ser acogidos en el Sanatorio de Conjo, tan sabia y tan humanamente dirigido por él, no era el frenópata seco y rígido que cumple mecánicamente una misión profesional; era el padre cariñoso que alienta y conforta en los críticos momentos de la vida; era el hombre cordial y sensible que siente el íntimo placer de aliviar las desdichas de los que las sufren, y sabe bien cuanto hay de hondo y terriblemente espantoso en la pérdida o perturbación de las facultades mentales...

Como prosista era uno de los más atildados escritores gallegos. En las principales revistas de nuestro país y en las columnas

de los periódicos santiagueses quedan innumerables artículos suyos que son prueba de su estilo elegante y de su dicción exquisita. Y cuando juzgaba alguna obra literaria, ponía tanta magnanimidad en su pluma y tanta benevolencia en sus juicios, que aun queriendo ser severo resultaba afable, y aun pretendiendo censurar parecía efusivo.

Con la muerte de este gallego ilustre y bondadoso, Galicia pierde uno de sus hijos más preclaros, y la Academia Gallega uno de sus miembros más dignos de eterna recordación. Descanse en paz el inolvidable maestro y amigo, y sean para su distinguida familia las expresiones de nuestro pésame más sentido.

Vidas tan cristalinas como la de D. Juan Barcia Caballero, que no supo jamás de recovecos, ni recorrió otros caminos que los de la verdad, del deber y de la rectitud, merecen ser recompensadas con el galardón de la suma felicidad en la eterna mansión de los justos y de los limpios de espíritu.

DON GALO SALINAS RODRÍGUEZ

Falleció en la Coruña este benemérito gallego, escritor notable y veterano periodista, que en la Prensa local tanto laboró hace algunos años por el progreso cultural y material de nuestra tierra.

Don Galo Salinas Rodríguez era correspondiente de nuestra Real Academia, de la que fué además el primer Bibliotecario, cargo que desempeñó hasta que tuvo que ausentarse para Madrid, con motivo de haber sido nombrado Canciller del Consulado general de la República Oriental del Uruguay en la villa y Corte.

Mientras permaneció en la Coruña fundó y dirigió la *Revista Gallega*, de la que ha sido alma y vida y en la que colaboraban los más distinguidos literatos de Galicia. Escribió además en nuestra lengua varias obras teatrales, entre ellas *A Torre de Peito Burdelo*, *¡Filla!* y *Bodas de ouro*, algunas de las cuales fueron representadas con éxito, mereciendo otras ser premiadas en públicos certámenes. Publicó también muchas poesías gallegas y castellanas, y en un interesante volumen dió a luz una leyenda en verso, titulada *A mitra de ferro ardente*.

Por el intenso y hondo cariño que nuestro querido amigo pro-

fesaba a la tierra nativa; por el entusiasmo con que su pluma contribuía a todo lo que redundase en enaltecimiento del país, y por el ardor que ponía siempre en la defensa de las causas justas, el Sr. Salinas es acreedor a que su nombre figure en estas «Letras de luto» de nuestro BOLETIN, siquiera sea brevemente, como un recuerdo cariñoso que a su memoria dedica un viejo y fraternal camarada.

ELADIO RODRIGUEZ GONZALEZ.

ESTUDIO BIO-BIBLIOGRÁFICO-CRÍTICO ACERCA DE ROSALÍA DE CASTRO

(SU VIDA Y SU OBRA)

SEGUNDA PARTE

SU OBRA LITERARIA

Introducción

Rosalía fué una precursora. Ella creó una escuela, lo mismo en la literatura gallega que en la castellana.

Sus innovaciones causaron tal sorpresa que *En las orillas del Sar* fué mirado cuando apareció, «como un enigma, como un atrevimiento indisculpable» (1) no como la obra de un gran poeta de la lírica española.

El Caballero de las botas azules, cuya primera y única edición, data de 1867, es obra en extremo original y que revela en su autora sus raras condiciones de innovadora. Con esta novela, cuento extraño llamólo Rosalía, así como con otras obras y cuentos de este género, se anticipó en algunos lustros «a la forma actual de entender la novela corta» (2). De ella dijo un ilustre escritor: «Escrita cuando este género era casi desconocido para los literatos españoles y se tenía como obra maestra *El doctor Lañuela* de Ros de Olano, fué una revelación y una enseñanza» (3).

---

(1) PRUDENCIO CANITROT. *Epílogo sentimental*, al tomo IV (último) de *Obras completas de Rosalía de Castro*. Madrid, 1912, página 346.

(2) EUGENIO CARRE ALDAO. *Literatura gallega*, segunda edición. Barcelona, 1911, página 49.

(3) ALFREDO VICENTI. *La literatura gallega en el siglo XIX*. (Conferencia en la Reunión de Artesanos de la Coruña). BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA GALLEGA, página 294. Coruña, 1914.

Han pasado cerca de cincuenta años desde su publicación y aun parece la novela escrita en nuestros días. Tan de este tiempo es.

Cantares y *Follas*, estas dos obras, las más conocidas y generalizadas de Rosalía, porque en ellas, y en sus versos, se refleja el alma de la raza, hiciéronse prontamente populares y se divulgaron por toda España y América, despertando en todos los corazones gallegos el santo amor a la patria.

Cantares (1) fué una revelación y una sorpresa y a modo de canto de guerra que anuncia el despertar de un pueblo. *Follas*, el reflejo fiel del estado moral de un alma, la de la autora, que es a la vez propio reflejo del estado moral de su pueblo.

Si con *Cantares* abrió nuevos horizontes a la lírica gallega, con *Follas* acabó de romper los viejos moldes, y la poesía gallega se desliga así por completo de las trabas que tanto la subyugaban y consigue, por ese medio, alcanzar, por el genio de este ilustre poeta, un brillo, gallardía y majestad que nos recuerdan los grandes trovadores de los siglos medios y que no hubiera de otro modo conseguido tan presto. Rosalía es la creadora de la moderna poesía gallega.

Vamos, pues, a examinar, aun cuando sea muy ligeramente, la obra literaria de aquella que tanto y tan bien se identificó con el alma de su raza.

Las obras gallegas

Cantares fué la primera (1863). Ya dejamos dicho a que debió su gestación (2).

Escribióla su autora «pra desir unha vez siquera ôs que sin razón nin conocemento algún nos despreçan, qu'a nosa terra é dina d'alabanzas e qu'a nosa lingua non é aquela que bastardean e champurran torpemente nas mais ilustradísimas provincias, é unha risa de mofa» (3).

Los *Cantares* fueron el punto de partida del actual resurgimiento de las letras gallegas. Hasta entonces no habían pasado los

---

(1) La primera edición fué corta, 500 ejemplares, y apenas circuló. A que no fuese más copiosa contribuyó el temor en la desconfianza del público.

La segunda edición, de no haber sido por las exigencias del editor, pudo ser más completa y encerrar en sus páginas toda la vida popular gallega.

(2) Véanse las páginas 31 y siguientes.

(3) Rosalía de Castro. *Cantares*, página 10 del prólogo, tercera edición. Madrid. 1909. Debía haberlos prologado en su primera edición el ilustre Pastor Díaz. ¡Qué de cosas hermosas sobre ellos y su autora nos hubiera podido decir el Tíbulo del Landro, si la muerte no se lo hubiera impedido!

intentos de vagas tentativas, con mejores deseos que fortuna, pero efímeros todos.

«Una verdadera noche reinaba en el cielo literario de Galicia. »Los soldados andaban dispersos, los combates imposibles. De todo »aquel rumor, de todas aquellas esperanzas nacidas al calor de la »revolución de Julio, no quedaba más que un eco, una esperanza »que vivía y se manifestaba en las columnas de *El Miño*, el pe»riódico que de una manera más decisiva influyó en los destinos »de nuestro país. En él se había refugiado cuanto conservábamos »de vivo y fecundo, en él se reflejaba el espíritu de una generación »que parecía haber traído al mundo como única tarea la de crear »una nueva Galicia y fecundar los gérmenes de vida que este »pueblo encierra» (1).

Era hora de combates y lucha, y Rosalía, como la mujer gala, siguió a los suyos «al combate y se colocó resueltamente en las primeras filas».

Ya lo dejamos dicho. *Cantares* fué el clarín de guerra que llamaba a la lucha un pueblo subyugado, pues en ellos late todo lo hondo, característico y permanente de su tierra.

Pero es que en ese libro, verdadero evangelio del pueblo galaico se utilizaba majestuosa y triunfante, con toda su pompa y brillantez, *a melosiña fala da nosa terra* que la autora había hablado en su niñez.

La maestría en su empleo hace que la lengua materna (2) alcance el límite extremo de perfección actual, revelando, aun incurriendo en algunos castellanismos, toda la riqueza, toda la hermosura y eufonía, toda la fluidez de esta dulce y armoniosa lengua de los antiguos trovadores, que ella nos recuerda. Rosalía al utilizar la lengua poética por excelencia, tan grata a las musas españolas en el siglo XIII, como olvidada y desatendida en épocas posteriores, la hace nuevamente dulce, palpitante, cariñosa y, purificándola de vulgarismos y asperezas, la moldea para la rima, presentándonosla tan acabada que comprendemos porque el Rey Sabio no encontró entre todas sus hermanas de la Península otra tan perfecta para cantar alabanzas en honor a la Santísima Virgen.

Nunca hasta entonces, puede decirse con toda seguridad, se había empleado nuestro idioma tan completo y hecho, tanto —y

(1) Murguía. *Precursores*, página 182.

(2) Ya lo dijo el gran Pí y Margall: «En lengua alguna se escribe mejor que en la materna. ¡Quién no ama la lengua que aprendió de los labios de su madre!».

en esto van acordes todos—, que los *Cantares* que glosa no hubieran podido distinguirse de los que son fruto de la inspiración del poeta, de no ir señalados con letra cursiva. Aun así y todo, muchos de ellos pasaron al pueblo —tan identificada se hallaba Rosalía con el alma popular—, y hoy figuran como hijas de la musa anónima, los que lo son de la inspiración de la eximia cantora.

No habrá nunca quien llegue a superar a la que «renovó la poesía en las fuentes siempre vivas y frescas de la inspiración popular, en su cariño al suelo natal» (1). «Su condición femenina hizo por vínculo secreto, hermanar su numen con el del pueblo que tan bien se identificó» (2).

Con sus *Cantares,* en los que el conocimiento de la lengua y su manejo, corren pareja con su inspiración, abre nuevos horizontes a la lírica gallega, pues al igual que los trovadores medioevos, cuya continuadora viene a ser, no tan sólo dió jugo y lozanía con el elemento popular a la enteca y agostada poesía de su tiempo, sino que la dotó de nuevas formas, acabando de romper los anticuados moldes, con su nuevo libro *Follas Novas,* cuando ve la luz pública en 1880.

«¿Qué se podía esperar de una mujer delicada de salud, sen»sible, que cada emoción la hería hondamente? Que siendo en ella »tan sincera la producción literaria, reflejase con toda intensidad »el estado de su alma. Así lo hizo. Poeta moderno, fruto del dolor »de su tiempo, cuyas carnes herían con largas y penosas vibra»ciones las penas que la ahogaban y las que veía soportar, ni una »sola de sus poesías dejó de ser la viva expresión de la emoción »que la embargaba. ¿Cómo extrañar ni la gracia y verdad conque »describe en sus versos en gallego las costumbres populares del »país, ni las emociones que a la hora propicia la conmovían, ni »la misteriosa vaguedad de unos versos en que dejó impresa para »siempre la poderosa huella de su genio? En esto consistió su »triunfo» (3).

Así el primer libro gallego «que brotó de la inspirada pluma de Rosalía de Castro fué el titulado *Cantares,* que no fué un capu-

---

(1) Por eso pudo decir en *La Democracia*, D. Francisco de Paula Canalejas que era una «dichosa aparición y renovación de la poesía en las fuentes siempre vivas de la inspiración popular».

(2) Carre. *Obra citada,* página 50.

(3) Murguía. Prólogo *En las orillas del Sar,* páginas xiii y xiv.

llo, ni una flor, sino un fruto delicioso, una verdadera explosión de talento poético» (1).

Un malogrado crítico reconoce que en el espíritu superior de Rosalía se unieron «los diversos géneros de inspiración, repre»sentados por los demás poetas de su tierra natal, cuyo paisaje, »cuyos recuerdos, costumbres y modo de ser, nadie sintió más »hondamente que la autora de *Cantares Gallegos* y *Follas Novas*» añadiendo que «por su entrañable cariño al suelo en que nació y »por el vínculo secreto que hermanaba su musa con la popular, »sentíase con vocación para dignificarla, haciendo que aquellas »*coplas sin artificio*, de procedencia femenina en gran parte, men»cionadas por el P. Sarmiento, se convirtiesen en manjar exquisito »aun para los más refinados paladares, y se revistieran de nuevos »encantos sin perder su nativa ingenuidad» (2).

EUGENIO CARRÉ ALDAO.

(Continuará).

LOS ALTARES PRIMITIVOS DEL APÓSTOL SANTIAGO

(Continuación)

III

Porque así, pequeño, debió ser todo altar primitivo. No hay al empezar elementos para hacerlos grandes. Un montón de tierra por altar, le mandó Dios hacer a su pueblo. Anotado queda el testimonio de Enlart, que advierte que los altares más antiguos son todos pequeñitos, porque las cosas, como acabo de indicar, suceden como deben suceder. Y nadie se admire, que habiendo hecho los discípulos del Apóstol un mausoleo notable para su maestro, hubiesen levantado al lado de su cadáver un altar tan pequeñito para Dios, pues, como enseña la tradición, como podemos ver en el *Viaje*, de P. Fita y Fernández Guerra, y en otros escritos más antiguos, el mausoleo del Apóstol era quizá el que había construído doña Lupa para su sobrina y para sí, según se leía en la inscripción que malamente Morales mandó borrar. Y porque el sepulcro de Santiago siguió,

(1) JAVIER VALES FAILDE. *Rosalía de Castro*, página 53. Madrid, 1906.

(2) P. FRANCISCO BLANCO GARCIA. *La literatura española en el siglo XIX*, parte tercera. *Las literaturas regionales: La literatura regional de Galicia*, páginas 239 y 240. Madrid, 1894.

como debía, las líneas y el desarrollo que tales monumentos mortuorios tenían entonces en España y en el mundo entero (1).

Y no se requería entonces más desarrollado altar. No había misales que poner en él para leer en la misa, ni evangeliarios, ni sacramentarios, ni libros semejantes. Si se leía algo en la misa, como hemos indicado ya, cuidaban de ello los diáconos y demás ministros que para eso tenía ordenado la iglesia y se leían no del altar sino del ambón que para ello estaba destinado. «En los más antiguos altares, —escribe Enlart en la obra citada—, nada se ponía sobre el altar sinó la palla, es decir, el mantel y el cáliz: las luces estaban en el suelo, a cada lado. Hasta los tiempos carolingios no se empezó a colocar la cruz sobre el altar» (2). ¿Y qué extraño es eso, si hasta el siglo III no se hizo, ni se pintó una cruz? ¡Y esa se pintó para injuriar y ridiculizar a Cristo! (3). Y si no había crucifijo, ni misal, ni candeleros, pues se ponían en el suelo o los tenían en la mano los asistentes, pequeño altar se requería entonces para celebrar la misa. El que se guarda en la cripta que tan pequeño le pareció a Gelmírez y muchos años antes a los fieles que lo sustituyeron con otro algo mayor, y que los escritores de la *Compostelana* pensaron que no serían creídos si decían su pequeñez, y que lo mejor era que con sus ojos lo viesen sus lectores, bien bastaba para que sobre él se pusiera un mantel y sobre el mantel la hostia y el caliz, o quizá el caliz solamente, como dice Enlart. Si se distinguen por su pequeñez los altares antiguos, ese lleva patente y manifiesto el sello de su antiguedad. De la *Compostelana* consta que ese es el más antiguo altar de Santiago. Y de su pequeñez, eso mismo consta también.

De aquí a deducir, a mi entender con justicia, que fué ese primitivo altar levantado al lado del cadáver del Apóstol, o mejor sobre su sepultura, por los discípulos que aquí lo trajeron. Nos dice la *Compostelana*, que creciendo después la multitud de los fieles, les pareció demasiado pequeño para celebrar los divinos misterios y por eso buscaron otro mayor, lo cual demuestra que cuando aquél se consagró, era pequeño el número de cristianos que en su alrededor se cobijaban y pequeña la multitud, la iglesia que veneraba a Cristo Nuestro Señor.

Empezaba pues a extenderse la fe. Es que acababan de llegar aquí sus

---

(1) Pueden verse en la *Historia de la Iglesia de Santiago*, de D. Antonio López Ferreiro, varios modelos de esos monumentos funerarios. Y si consideramos que el edificio que guardó su cadáver era la iglesia que aquellos fieles tenían, veremos que no desdice para tan pequeña iglesia tan mezquino altar.

(2) Capítulo VII, párrafo cuarto, página 739, de la edición de Paris, 1902.

(3) Véase el *Catálogo de la Exposición del Centenario de Constantino*, Madrid, 1913; o Rohault de Fleury, *Memoire sur les Instruments de la Passion de N. S. J. C.*, Paris, MDCCCLXX, página 65.

predicadores; era pequeño el rebaño que para Cristo habían juntado y pequeño altar levantaron al lado de los restos mortales de su maestro. Por lo mismo, parece indudable que sepultado el cadáver del Apóstol Santiago, a su lado levantaron sus discípulos ese pequeño altar, para dar culto a Dios. Era pequeño, como era pequeño el rebaño, como era pequeña también la iglesia o cripta en que el altar estaba al lado de los restos mortales del amado Apóstol. No tiene aquel lugar más qne 2,50 × 3,40 m., no podía ser por lo tanto grande el altar que allí podía haber. Tenía que ser, por necesidad, pequeñita la ara, como en efecto lo es. No hubiera cabido sinó en la iglesia a que se la destinaba. Cuantos hoy la ven, pueden juzgar de la verdad de mis afirmaciones.

Y si esto no basta para convencernos de que este primitivo altar, es el altar apostólico, que fué allí puesto por los discípulos de Santiago, en los primeros días de la predicación de la fe, en los tiempos apostólicos, recordemos que si no se hubiera puesto entonces, no se hubiera puesto jamás. Y vean mis lectores como él nos convence de que fueron aquí traídos los restos del Apóstol en aquellos antiguos días, a la raiz de su martirio. Si hubieran venido, como afirma el sesudo Rohault de Fleury, en el siglo VII, después del año 636 en que invadieron los árabes a Siria, de donde sacaron los cristianos tan sagrado depósito para que no fuese profanado, no hubiera sido tan pequeño este altar. No se hacían entonces, no se hacían en el siglo VII, altares de 40 centímetros. Que registre Rohault los altares todos de su espléndida colección, que examine cuantos altares antiguos conozca, y nos diga si hay entre todos ellos alguno de esas mezquinas proporciones. En la *Archeologie Francaise* de Enlarte, pueden estudiar mis lectores el antiguo altar de Santa Marta de Tarascón (1), no trae el escritor sus dimensiones, ni el siglo en que se construyó, pero notarán ciertamente que es incomparablemente mayor que el que se guarda en la cripta del Apóstol Santiago. Es qué contaba el que lo levantó con más medios de los que a su mano tenían los discípulos de Santiago, cuando aquí con su cadáver llegaron. Es que habían pasado incomparablemente más años de nuestra era, cuando murió la santa hermana de Lázaro resucitado. Mucho antes había sido muerto Santiago. Ni nos cuenta la tradicción que hubieran tenido los que levantaron el altar de Tarascón, tantas dificultades como nos dice que esperimentaron los discípulos de Santiago. Tenían pocos elementos y muchos tropiezos, y por eso hicieron tan pequeño altar. Pequeño es el que halló Fernández Guerra en Loja, pequeño el que

(1) Puede verse también en el mismo, Rohault de Fleury, Plancha LIV, del tomo I donde dice que tiene de alto 1,50 y de ancho la mesa 0,58, y que pertenece al siglo VII.

Astemo nos dejó en Cangas de Onís, pequeño el de Baños de Bande, pero se puede con cada uno de ellos hacer dos del de Santiago. Es que pertenecen al siglo v. Tuvieron en esos años, tiempo y medios para crecer y aumentarse. ¿Y si tanto habían crecido yá en el siglo v, en que fueron hechos estos altares, qué hubiera sucedido si el primer altar de Santiago, hubiera sido levantado en el siglo vii? De esa época o poco menos, son aquéllos de que nos habla el mismo Rohault, existentes en el mediodía de Francia, y tienen para guardar las reliquias, capiteles merovingios y carlovingios ahuecados. Deduzcan de eso mis lectores, el tamaño de tales aras, cuando para guardar las reliquias se empleó por sus constructores un capitel ahuecado.

—Es, —dirá quizá alguno—, que el de Santiago se empequeñeció con los trozos que de él llevaron los innumerables peregrinos que en largos siglos e incontables multitudes, visitaron su sagrado cuerpo. Así lo creo yó y así lo dejo consignado ya, pero aparte de eso, es necesario reconocer que pequeño lo hicieron ya sus constructores. No habían pasado tan incontables peregrinos, cuando en el siglo xii se escribió la *Compostelana,* no vinieron menos después (1), y para nuestro intento unos y otros se sumaron, pues no única y exclusivamente procurarían una partecita de él los que aquí llegaron antes de esa fecha, ántes del siglo xii, y sin embargo ya entonces afirman los escritores de la referida *Historia,* «que lo mejor era que con sus ojos lo examinasen los lectores, pues si ellos lo escribían, pensarían que exageraban y faltaban a la verdad».

Y si no basta este testigo y los testimonios y raciocinios hasta ahora aducidos, oígan los lectores las palabras de otro no menos digno de respeto, por su valer y autoridad, y por ser casi coetaneo de los escritores de la *Compostelana*. En el libro v, capítulo ix, párrafo xiii, del famoso *Códice de Calixto,* hallamos estas palabras: «Super cujus (Jacobi) sepulcrum est altare parum quod ejusden discipuli, ut fertur, fecerunt, quod etiàm propter amorem apostoli discipulorumque ejus a nullo postea voluit deleri». Que traducido al castellano viene a decir: «Sobre el sepulcro de Santiago hay un altar pequeño, que según la tradición hicieron sus discípulos, y que por respeto al Apóstol y a sus discípulos no se destruyó jamás». Y sigue el referido libro: «Et super illud est altare magnum et mirabile quod habet in altitudine v palmas, et in longitudine xii, et in latitudine vii. Sic propriis manibus ego mensuravi. Est igitur altare parum ex tribus lateribus, ad dexteram scilicet et levam et retro sub eodem altari

(1) En el siglo xviii eran aún numerosísimas las peregrinaciones a Santiago, apesar de las prohibiciones del Rey de Francia. Véase D. Antonio, *Historia de la Iglesia de Santiago,* tomo x.

magno clausum, set in antea apertum ita ut videre aperte potest, ablata tabula argentea, altare vetus». «Y sobre el altar pequeño, —dice—, hay un altar grande y admirable, que tiene de altura cinco palmos, y de largo doce y de ancho siete. Así, con mi propia mano, yo mismo lo medí. Está pues el altar pequeño encerrado bajo el grande por tres lados, a saber, por la derecha, por la izquierda y por detrás, pero por delante está abierto, de modo que quitada la plancha de plata, puede verse perfectamente el altar antiguo».

De suerte que según el autor del *Códice de Calixto,* celebrado libro que guarda esta santa iglesia, estaba en su tiempo debajo del altar grande que había puesto Gelmírez en la capilla mayor de Santiago, el altar pequeño, y este altar pequeño, este altar viejo, lo habían hecho los discípulos del Apóstol. Así se tenía entonces por tradición. Y así lo siente y lo afirma este escritor en su libro por tantos títulos memorable. Vean los lectores si vale o no vale este testimonio. Así se decía, así se creía, que era obra de los discípulos de Santiago ese pequeño altar y así lo consignó este antiguo y notable escritor.

CELESTINO GARCÍA ROMERO.
S. J.

(Continuará).

APORTAZÓN AO ESTUDIO DA PREHISTORIA GALEGA

DEPÓSITO INÉDITO DOS PIRMEIROS TEMPOS DO BRONCE

(Conclusión)

IV

Paralelismos

Estazóns da primeira metade da Edade do Bronce teñen aparecido de abondo na Península. Son as principaes as de Almeiría (El Argar, El Oficio, Fuente Alamo, Ifre, Zapata, etc.), Murcia, Alicante (Orihuela, etc.), Andalucía (Montefrío), Cataluña (Olordo, Guisona, Solsona, etc.), e Portugal, (nas necrópolis de Castro Marim, Monte Abrahao, Nora, Folha das Barradas, Almada do Ouro, Odemira, Ancora, Quinta da Agua Branca, etc.) (1).

(1) *La arqueología prerromana hispánica,* por Pedro Bosch Gimpera. Apéndice a *Hispania,* de Schulten, pág. 166 e seguintes.

En Galiza temos a necrópoli de Mourente (1) e achádegos soltos nos que non imos pararnos. Somentes ajuntaremos os machados pranos de que temos notiza cos seus caracteres pra que se poidan estabelescer comparanzas cos do depósito de que tratamos. Velaiquí a lista:

a) Un descoberto pol-o arado no Castro de San Mamed de Carballal, concello de Palas de Rey é de «cobre puro, pesa 210 gramos, tiene de longitud 10 centímetros, y de ancho, en la parte inferior, 32 milímetros. Presenta un adelgazamiento progresivo que forma un borde inferior cortante. En la parte superior que se estrecha, hasta el punto de

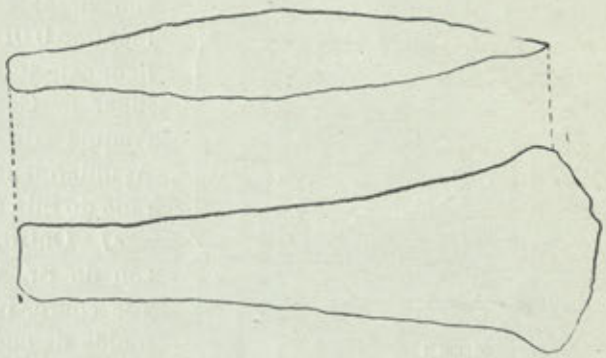

Figura 4

no tener de ancho más que 25 milímetros, hay una pequeña escotadura, no de orígen, sinó debida a la acción del tiempo. El grueso no es igual, aparece mayor en la parte media, en donde alcanza 9 milímetros. A lo largo de sus bordes corre una ligera costura o saliente que parece indicar la fundición, si bien no puede afirmarse existiera; pues las rugosidades que en toda la superficie presenta, sus depresiones, las huellas de golpes, inclinan a creer fué hecha por este procedimiento, o sea a percusión, o cuando menos sujetada a ésta después de fundida, tal vez para dar mayor cohesión al metal.

Hállase cubierta de una capa de carbonato verde de cobre y tiene la pátina correspondiente» (2).

b) Outro de cobre do Castro de Oleiros, perto de Melide (3).

Nótense no machado descrito as analogias que garda cos números

(1) Celso G. de la Riega, *Galicia Antigua*, nota 27, pág. 462.

(2) *Protohistoria*, por A. Carballido.

(3) Non conocemos as caracterí-ticas de este machado, citado por D. Alfredo Alvarez no artigo menzoado.

1, 4 e 6 do depósito do Outeiro en certas particularidás, indicadoras de certa uniformidade local na confeizón.

c) Outro trapezoidal de cobre propiedade de D. Angel del Castillo, procedente de unha mámoa de Lobán, freguesía de Santiago de Samarugo, concello de Villalba, «de 14'5 centímetros de largo, por 6 centímetros de ancho máximo» (1).

d) Outro «de 0'149 de largo, 0'065 de ancho máximo y 0'029 de ancho mínimo. Presenta en los cantos las rebarbas de la fundición, pero rebatidas por medio del martillo, con el que también se perfeccionó el corte. Las superficies son lisas: su espesor máximo 0'015. Fué hallada en términos del lugar de Cordeira, parroquia de Forcas, Ayuntamiento de Parada do Sil» (2).

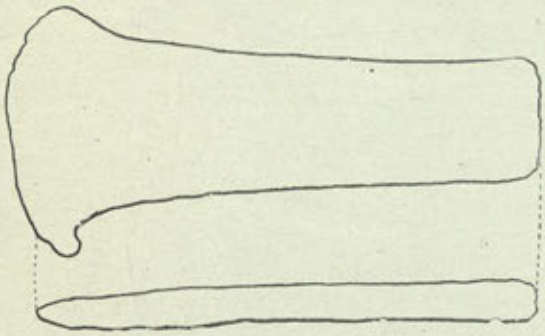

Figura 5

e) Outro, da coleizón do Sr. Villa-amil, «de cobre, fundido en molde de cuero de hechura cuneiforme, idéntica a la que es común a las de piedra pulimentada.

Tiene 157 milímetros de largo y pesa 460 gramos. Encontrado en Gontán, Ayuntamiento de Abadín, entre Villalba y Mondoñedo» (3).

f) Dous do Museu de Ourense topadas no depósito de Roufeiro, freguesía de Nocelo da Pena, concello de Sarreaus, «de 12 e 10 centímetros de longo respeutivamente, os dous co gume curvo e tendendo, o pirmeiro mais que o segundo â forma trapezoidal» (4).

g) Outro de cobre puro da necrópoli de Mourente, «igual a las de piedra» (5).

---

(1) Obermaier, op. cit., primeira parte, núm. 148 do *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense.*

(2) *Estudios protohistóricos. La Edad del Bronce en el Museo de Orense,* por Arturo Vázquez Núñez, núm. 39 do «Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense».

(3) *Exposición organizada por la Sociedad Ecodómica de Amigos del País. Objetos que expuso el Sr. D. José Villamil y Castro.* Santiago, Imp. del Seminario Conciliar, 1885, pág. 8. Este machado debeu ser topado en un castro, por canto háchase no capítulo rotulado *Objetos hallados en castros.* Pubricouse fotografía de él no estudo citado denantes, *Productos de la metalurgia.*

(4) *Os oujetos argáricos,* por F. L. Cuevillas, ja citado.

(5) García de la Riega, *Galicia Antigua,* nota 27, pág. 462.

h) Outro que D. Santiago de la Iglesia descrebè: «Arma o raspador de bronce de 116 por 33 milímetros, encontrada en el castro de Santa María de Carballido (Villalba» (1).

i) As que existen no Museu Arqueológico de Pontevedra e son de cobre puro (2), e cuio número non sabemos, nin tampouco as suas características.

j) Outro do Castro de San Pedro de Buriz, que la Iglesia descrebe: «Raspador de bronce de 114 por 46 milímetros».

k) Molde de machado n-unha inscultura da citania do Monte de Santa Tegra da que non sabemos dimensións senón somentes que é sinxelo, «de pequeño tamaño y en todo como el tipo de las del primer período de la Edad del Bronce» (3).



Figura 6

Pra rematar diremos que, ademitido dimpois dos estudos de Schmitd, pol-os mais que tratan de estas custións, o comenzo da Edade do Bronce arredor dos anos 2500 ou 2360 (4) e o comenzo da civilizazón do Ferro en Galiza nos pirmeiros do siglo VII (5) e considerando o depósito do Outeiro no segundo período do Bronce (que abrangue según Dechelette do 1900 ao 1600), teremos que pol-os primeiros tempos do segundo milenario antes de J. C., agacharíase o material oujeto dos presentes apuntes.

FERMÍN BOUZA BREY.

Vilagarcía de Arousa, 13 de Santos do 1925.

(1) D. Santiago de la Iglesia, *Catálogo de la colección de Protohistoria de D. Santiago de la Iglesia.* «Almanaque Ferrolano», 1907.

(2) La Riega, op. e loc. cit.

(3) *Monte de Santa Tecla en Galicia. Memoria que acerca de los trabajos realizados en 1922-23, presenta Ignacio Calvo y Sánchez,* pág. 16.

(4) Cit. por Ballesteros, *Historia de España y su influencia en la Historia Universal,* tomo I, pág. 94.

(5) *A Edade do Ferro en Galiza.* Estudio en pubricazón no boletín «Nos», órgao da cultura galega, por F. L. Cuevillas.

PALACIOS Y FORTALEZAS DE LA MITRA DE SANTIAGO

ANTES DE LA GUERRA HERMANDINA

(CONCLUSIÓN)

Fortaleza de Palmeira.

En esta parroquia, hacia el mar, había una pequeña defensa para protejer la jurisdicción episcopal que allí ejercía la mitra compostelana, la cual consistía en un pequeño muro almenado, dentro del cual había dos o tres casas pequeñas, en donde habitaban los defensores y se guarecían lo mismo que en la oquedad de una peña que en el circundado existía, contra las acometidas de los enemigos cuando allí se acercaban. Cuentan algunos testigos que la cubrían con ramas de árboles, sin duda para despistar a los enemigos. Para el emplazamiento de esta defensa tuvieron, tal vez, en cuenta las circunstancias del sitio, pues tenía cuatro o cinco peñas perfectamente dispuestas para el caso, las cuales servían de defensa natural.

Fueron merinos en esta fortaleza por el Patriarca el escudero Juan de Presedo, Rodrigo Mariño y Fernán Dianes de Sotomayor. Fué combatida la fortaleza en el tiempo a que nos referimos por Peralvárez de Sotomayor y el Mariscal Suero Gómez de Sotomayor, los cuales la combatieron por mar con sus naos y por tierra con gente de desembarco.

La piedra de esta fortaleza sirvió para la edificación del convento franciscano de San Antonio de la Puebla, la cual transportaron por mar, por lo menos parte, a aquel sitio, cedida, según algunos cuentan, por el Patriarca a la comunidad franciscana (1).

El Tapal de Noya.

Noya es uno de los sitios pintorescos, de clima templado y suelo fértil de Galicia. Por eso, tal vez, escogieron los arzobispos de Santiago esa villa para sitio de recreo, como por la misma causa han escogido a Padrón, en donde tenían la espléndida Rocha Blanca, de la que ya hemos hablado. Los testigos que hablan de esta finca de recreo, y casa fuerte a la vez, únicamente nos dicen que era una casa de cal y canto, de grandes dimensiones, con sus cáma-

(1) Proc. Fol. 829, 836, 818, 431.

ras, sobrados..., pero nada nos dicen de su distribución y emplazamiento. Sabemos sin embargo por los restos que de ella quedan, con caracteres evidentes del siglo XIV algunos de ellos, que ocupaba desde el frente de la parroquial de San Martín, a la cual habrá tal vez estado unida por un pasadizo o balcón, hasta donde antiguamente llegaba la ría. Aunque era propiamente finca de recreo, y la villa estaba defendida por una torre que en otro lugar de la misma había, creemos que algunas defensas poseería, ya en la misma casa, ya en el muro que le circundaba, además de una torre en ella emplazada que le servía de defensa (1).

Los habitantes de Noya, sobre todo su municipio, deben tener empeño en conservar aquellos restos históricos, como otros muchos que esta antigua villa atesora, los cuales le dan un carácter tan típico y atrayente, que puede y debe figurar como prolongación de la línea del turismo (2).

Castillo de Peñafiel.

En el Alfox de Muros, en la parroquia de Santiago de Arcos, hacia el Pindo, sobre el monte *Hestro,* estaba emplazada esta pequeña fortaleza, la cual consistía en una casa con una sala y una torre de pequeñas proporciones, edificada sobre una roca con una puerta de entrada a manera de ventana. Segun las declaraciones de los testigos parece que le circundaba una muralla, sin duda para defensa. En esta forma nos permitimos nosotros recomponerla, fundados en algunas expresiones de los testigos, aunque ignoramos si hemos acertado.

Fué tomada esta fortaleza por García Martiz de Barbeira con trescientos hombres, en tiempo del Patriarca. En el pontificado de don Rodrigo desempeñara en ella el cargo de alcaide Fernán López de Lamas, sucediendo en el mismo, más tarde, Juan Mariño y Luis de Leyes (3). Ha desaparecido totalmente, y ni memoria de ella en aquellas ásperas comarcas tal vez exista.

---

(1) Nos fundamos para afirmar esto, en lo que leemos en una escritura hecha con motivo de las obras de la cárcel, en 1769, en cuyo contrato se lee: Todos aquellos que quisiesen hacer postura a la obra de la cárcel, que se ha de fabricar en la torre del antiquísimo palacio, que llaman del Tapal..... de la Dignidad arzobispal.....

(2) Proc. Fol. 144, 576....

(3) Proc. 829, 913, 917, 73, 107.

Fortaleza de Outes.

La poseía en este tiempo, del Patriarca, García Martiz de Barbeira, el cual añadió a la torre de dos pisos, cuadrada, de piedra menuda, que había, otra cuya primera piedra se puso un día de San Cristóbal. Era ésta de sillería, redonda, de tres *sobrados* y en cinto, la cual levantó aprovechando los servicios que los de la tierra le prestaron, aunque no sepamos con qué condiciones. Pasados unos siete años, a causa de la opresión que ejercía sobre los habitantes de las jurisdicciones de Muros y Noya, del Arzobispo de Santiago, se reunieron los Concejos de ambas y acordaron allegar gente para combatirla, al frente de la cual se puso Esteban de las Junqueras, de la Puebla. Armados de trabucos y otras armas, combatieron la fortaleza de Outes, la tomaron y se la entregaron al Arzobispo. Volvió más tarde a tomarla Barbeira (1); pero le despojó de ella un ejército capitaneado por Bartolomé Vaamonde, entrando nuevamente en posesión de la misma el Patriarca. Pero Martiz de Barbeira, con su mujer D.ª Sancha, pusieron cuestión al Patriarca exigiéndole los gastos de las edificaciones, siendo éste condenado a pagarles novecientas y tantas doblas. He ahí cómo vino a poseer el arzobispo de Santiago esta fortaleza, que pronto desapareció (2).

Castillo de Jallas.

Era muy importante esta fortaleza según todas las descripciones que de ella hemos visto. Según ellas constaba de una vara de casa rectangular, larga y alta, con tres pisos, de paredes fuertes de sillería, almenada, *enguirnaldada* y con *garitas* y *cubos*. Tenía una cerca alta con barbacana, almenada y con sus saeteras, la cual se unía con la vara de casa por ambos lados, siguiendo la barbacana todo alrededor; rodeaba a ésta otra muralla más baja almenada y con saeteras. Sobre la puerta de entrada había una torre de sillería, tejada, que se levantaba sobre el muro unos tres codos. Exteriormente a los muros estaban las dos *cabas* que circundaban estas edificaciones. Debajo de una de las salas había caballerizas como también las había fuera, así como otras casas pequeñas.

(1) Fué esto a causa de haberse vendido por cuarenta doblas el que la defendía, Rodrigo Martínez de San Cristobo.

(2) Proc. página 107, 110, 125, 1057.....

Dentro del corral había un horno y un pozo de más de quince brazas de alto (1).

Esta hermosa fortaleza fué destruída por la *hermandad fusquerilla,* siendo uno de los contratados para esto, Juan de Castiñeira, labrador. Después de varios años la mandara levantar el Patriarca, siendo merino de ella Juan Pardo de Betanzos, y encargado de pagar Guedeja, hermano de Fernando de Acebedo, criado del arzobispo.

Fueron merinos de esta fortaleza en tiempos de D. Rodrigo, Fernán Pérez Varela y Rodrigo Gómez de Villar de Francos. Después, debido al casamiento de D.ª Juana de Luna, hermana del arzobispo, con Bernaldianes de Moscoso, pasó a poder de éste la fortaleza, el cual tuvo por merinos en ella, entre otros, a Martín Romeu da Costa y al hermano de éste Gómez da Costa. Luego que lo consiguió el Patriarca tuvo por merinos a Gil Varela, a Gonzalo de Figueroa y a Fernán Alvarez (2).

Fortaleza de Mesía.

No se describe en el *proceso Fonseca* esta fortaleza; porque entonces la poseía Pérez Gómez das Mariñas, aunque no diremos ahora por qué, reservándolo para otra próxima ocasión. Pero en el reconocimiento que se hizo a varias fortalezas de la Mitra el año 1617, entre las cuales está la de Mesía, se nos dan algunas noticias. El Dr. Aredondo Agüero, asistente de Santiago, Juez de Comisión de Su Majestad, cuando visitó esta fortaleza, llamó a declarar a Gonzalo Vilariño, vecino de Vascoy, en donde la fortaleza se halla, el cual prestó la siguiente declaración: «Dijo »que conocía la fortaleza de mas de 50 años, sabe que es de la »Dignidad, que la poseía por los jueces y tenientes que allí tenía; »los cuales en ella vivian y hacian juicio a los vasallos y en ella »tenian presos a los delincuentes. Conocio la casa texada como »ahora está, con los mismos *quartos* y torre; vio en esta una aber»tura de arriba abajo, la cual abertura fué reparada por un Flo»rian Montero, merino de dicho juzgado por D. Maximiliano de »Austria; pero desde entonces está en peor estado lo mismo que »los quartos y texado».

El año 1603, en el pontificado de D. Maximiliano de Austria,

(1) Nos parecen muchas brazas. ¿Cómo serían estas brazas? ¿Serían varas?
(2) Proc. Fol. 479, 483, 913, 917.....

se hiciera también un reconocimiento de las fortalezas, y en la información que se abre como motivo de la fortaleza de que nos ocupamos, se presenta, entre otros, el testigo Marcos Ares, escribano de este juzgado, el cual hace una descripción completa de la fortaleza. Dice «que la torre principal está abierta por ambos »lados de las esquinas delanteras; que la cerca con sus torreones, »que va aî rededor, estan derrocadas desde hace 50 años; la »torre del homenaje y las otras tres torres estaban antes de San»clemente cubiertas como ahora están, y habiendo este arzobispo »puesto en ellas de merino a Francisco de Porras; aderezó un pe»dazo de la cerca y un aposento, hizo un horno y arregló un »molino; después mandó por juez al Ldo. Figueroa y este derezó »dos corredores y una escalera de piedra y madera, y reparó el »aposento del N. de la torre del homenaje para recoger en él los »presos criminales. En tiempo de Sanclemente cayó la madera »del alto del cuarto nuevo, algunas puertas de las caballerizas y »del sito en donde se recogía el vino, llegando en la vacante a un »estado lamentable» (1).

Según esta declaración podemos suponer que constaría esta fortaleza de cuatro torres con la del homenaje, caballerizas, cárcel para presos, habitaciones de morada, dependencias para gente de armas, molino, tal vez granero para recoger los frutos; circundando todas estas edificaciones con un muro y torres de defensa, favoreciendo también esta «unos derrumbaderos por toda ella al rededor, como dice Hoyo (2), y el río que la circundaba por Oriente y septentrión». Tiene, como se puede ver, mucho parecido esta fortaleza con la de la Barreira de la que ya hemos hablado.

Pico Sagro.

Prescindimos de las fortalezas que en este elevado y cónico monte pudo haber, ya como fortalezas permanentes ya circunstanciales y de ocasión. Concretándonos al tiempo a que venimos refiriéndonos, siglo xv, antes o poco después de la guerra hermandina, encontramos la edificada por Fonseca, aprovechando la piedra de la destruída Rocha Fuerte. Esta, la del Pico Sagro, que fué edificada con objeto de combatir a Cira, que poseía Altamira, parece que debía tener su emplazamiento al norte de la actual capilla de

(1) Proc. Fol. 1081...
(2) Arch. Arzop., Mazo 1, Visitas.....

San Sebastián, cerca de la entrada a la mina baja, o lo que sea, que allí existe; así nos lo cuentan los testigos del proceso y así se explica que fuese si había de combatir a su rival. Parece que la fortaleza consistía en una torre cuadrada con capacidad para diez personas, según vemos en la relación testifical; pero hay que tener en cuenta lo accidentado del terreno que servía de defensa natural. Por nuestra cuenta decimos, que tal vez tuviese algunas casas pequeñas a manera de cabañas, que servirían de caballerizas y abrigo a la gente de guerra en determinadas circunstancias (1).

El Cardenal Hoyo en sus Memorias la describe del siguiente modo: «Esta fortaleza, dice, está fundada sobre la punta de un »peñasco roquero, que está sobre la punta de un monte de los más »altos de este ren.º de Galicia, y con haberlos tantos y tan altos »en este ren.º, se ve y divisa esta fortaleza casi veinte leguas de »distancia por todas partes. Esta fortaleza y castillo está edificado »de muy buena silleria, de grano, muy bien labrada. La puerta por »do se entra a la torre de este castillo está una pica, y más, de alto, »de suerte que no se puede entrar en él sin alguna escalera alta; »y segun esto se debia entrar en el con alguna escalera lebadiça, y »agora ninguno de los que van a ver entra, por estar la puerta tan »alta y no aber escalera. La pared de este castillo tiene de grueso »y ancho nueve palmos, como lo dicen los moradores de la tierra »y echase de ber los tiene. En lo alto de la puerta que está en di»cho castillo, en la cual para acabar de ver la lus que hay por la »parte de dentro es necesario desbiarse buen rato del mismo castillo »a la parte del monte arrimado a este castillo; contiguo con el está »una cisterna o algibe; este no está labrado en el suelo, porque es »todo piedra y roca muy dura..... y debia estar edificado en »un hueco de la roca, labrado de muy buena çilleria de grano por »todas las cuatro partes..... queda entre la pared deste algibe »y la del castillo un gueco, en partes, de dos varas de ancho y en »parte menos.....» (2).

La descripción que transcribimos de Hoyo no difiere de la primera que dimos, añade solamente algunos detalles. Desde el tiempo del Cardenal acá han desaparecido hasta los vestigios de esta edificación defensiva.

Hemos recorrido las fortalezas de la Mitra compostelana, según el proceso Fonseca; en su día, aprovechando estos mismos ma-

(1) Proc. Fol. 1081.....
(2) Hoyo. Memorias..... 1607, Fol. 10, vuelto, y 77.

teriales, haremos un trabajo más completo estudiando sus orígenes y cambios hasta donde alcanzar podamos.

Debemos advertir que de algunas fortalezas, las que están a la parte de Vigo, hay varias descripciones, perfectamente explicable porque en las luchas de Sotomayor con el Patriarca, fueron alternativamente destruídas y edificadas por uno y otro mientras aquellos sucesos duraron. Por eso la discrepancia de descripción obedece a las que cada testigo ha visto.

Santiago, Septiembre, 1926.

José Couselo

SECCIÓN OFICIAL

Junta Ordinaria de 29 de Octubre de 1926

Fué presidida por D. Eugenio Carré, asistido del Secretario D. Eladio Rodríguez.

Dióse lectura al acta de la Junta anterior, la que fué aprobada por unanimidad.

También se leyeron las comunicaciones recibidas y los borradores de las enviadas por la Academia.

Leyóse igualmente una relación de los libros enviados con destino a la Biblioteca por los Sres. D. Manuel Rodríguez Moret (1 vol.), D. Enrique Contamine de Latour (3 vol.), D. Manuel Amor Meilán (13 vol.), D. Juan Rof Codina (2 vol.), D. Angel del Castillo (2 vol.), D. Euquerio Vázquez Senra (1 vol.), D. Gumersindo Busto (1 vol.), D. Ramón Otero Pedrayo (1 vol.), don L. Rubín (1 vol.), D. Jesús Rey Alvite (1 vol.); por la Irmandade da Fala, de la Coruña (10 vol.), Centro de Intercambio intelectual germano-español, de Madrid (8 vol.), y Academia de Ciencias, de Lisboa (10 vol.), a los que sumados 7 volúmenes más adquiridos por compra, hacen un total de 60 volúmenes.

Se dió cuenta del fallecimiento del Académico de Número D. Juan Barcia Caballero, y del Correspondiente D. Galo Salinas Rodríguez, y después de haber dedicado el Sr. Presidente interino un sentido recuerdo a ambos desaparecidos, se acordó consignar en acta el sentimiento de la Corporación por tan sensibles pérdidas.

El Sr. Fernández Diéguez propuso que se hiciese constar en acta el sentimiento de la Corporación por las inmensas desgracias ocurridas en Cuba con motivo del ciclón que asoló la isla, patria adoptiva de tantos conterráneos, en cuya capital radican la Asociación Iniciadora y Protectora de la Academia, el Centro Gallego y otras entidades regionales. Así se acordó, y que se oficie además al Sr. Cónsul de la Gran Antilla en esta ciudad, a la Asociación Protectora y al expresado Centro, comunicándoles el acuerdo adoptado.

El Sr. Carré informó a los presentes de que, llamada la Academia, en virtud del Real Decreto de 25 de Agosto último, a formar parte del Consejo del Patronato de la Universidad de Santiago, había comparecido a la reunión convocada al efecto, como Presidente interino de la Corporación, habiendo quedado constituído dicho Consejo en 1.º del actual, formando parte del mismo el Presidente de la Academia; y que hizo presente que este Cuerpo Literario estaba dispuesto a poner de su parte cuanto fuera preciso, lo que fué agradecido por los demás Miembros del referido Consejo.

También dijo el propio Sr. Carré, que hallándose accidentalmente en La Toja, fuera invitado, como Presidente interino de la Academia, a suscribir el acta de la colocación de la primera piedra del Sanatorio de la Lanzada, como lo efectuó, estimando en mucho el honor que con ello se dispensaba a la entidad que representaba.

Dióse cuenta de que la Academia había designado al Numerario D. Pablo Pérez Costanti, y al Correspondiente D. Jesús Fernández Nóvoa, para que la representasen en el sepelio del ilustre Académico de Número D. Juan Barcia Caballero, a cuya distinguida familia, a más de un sentido telegrama de pésame, se le envió un afectuoso mensaje de la Corporación.

Igualmente el Sr. Pérez Costanti ostentó la representación de la Academia en el homenaje al ilustre químico y Académico de Honor D. José Rodríguez Carracido, a quien saludó también en nombre de sus compañeros.

Los Sres. D. Marcelo Macías, D. José Vega Blanco y don Eladio Rodríguez González, propusieron para Académico de Número a D. Juan Domínguez Fontela, de Orense, en la vacante producida por ausencia definitiva de Galicia, de D. Antonio Rey Soto.

Fueron proclamados Correspondientes, D. Pascual Galindo, de Zaragoza; el Muy Reverendo Arzobispo de la Habana D. Manuel Ruíz Rodríguez; y D. Fr. Luis Angel Costoya Sesto, don Juan Alonso Pita y D. Manuel S. Rodríguez Ribera, de Buenos Aires.

Se dió lectura al informe referente al discurso de entrada del Sr. Martínez Morás, que fué aprobado, siendo designado el señor Rodríguez González para contestarlo.

Fueron elegidos los Sres. D. Eugenio Carré, D. Manuel Lugrís y D. Rafael Pérez Barreiro para informar los discursos de los Sres. Artaza y Castillo; y los Sres. D. Félix Estrada, don David Fernández Diéguez y D. Eladio Rodríguez, para informar los de los Sres. Correal, Cotarelo y Tafall, todo según lo dispuesto en el artículo 20 del Reglamento.

Acordóse celebrar Junta Ordinaria el día 8 del próximo Noviembre a fin de dictaminar acerca del discurso del Sr. Rodríguez González, contestación al del Sr. Martínez Morás, y tratar de otros particulares.

Igualmente se resolvió señalar el día 20 del referido mes de Noviembre para elegir Presidente de la Academia, en propiedad, cargo que se halla vacante por fallecimiento de D. Francisco Ponte Blanco.

LA REIMPRESIÓN DE LOS DOS PRIMEROS TOMOS DEL "BOLETÍN"

Como no ignoran nuestros lectores, con cargo a la subvención concedida a la Academia por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, se estaba procediendo a la reimpresión de los dos primeros tomos de la revista de nuestra Corporación.

Hoy tenemos la satisfacción de poder hacer público, que dicha reimpresión está ultimada, y que ambos tomos, de igual forma y tamaño que los que les siguen, hállanse ya a disposición de todos los amantes de las letras regionales.

CARTA ABIERTA DE LA SEÑORITA MARGOT SPONER AL "BOLETÍN" DE LA ACADEMIA

La ilustre filóloga alemana, señorita Margot Sponer, que con el fin de hacer un estudio de nuestra lingüística y de nuestra fonética acaba de recorrer diversas comarcas y de visitar algunas ciudades de Galicia, entre ellas la Coruña, en donde pasó una temporada recogiendo datos y practicando otras investigaciones

en el archivo y biblioteca de esta Academia, nos envía, para su publicación en nuestra revista, la siguiente carta:

«Antes de abandonar la hidalga tierra española considero un gratísimo deber expresar públicamente mi agradecimiento más cordial a todos aquellos señores pertenecientes a las sociedades culturales de la hermosa tierra gallega que con una amabilidad sin límites han puesto a mi disposición todos cuantos documentos me han podido interesar para cumplir los fines de estudio de la filología gallega que me ocupan actualmente.

En mi viaje de estudios por Galicia he recorrido sucesivamente Orense, la Coruña, Santiago y Pontevedra, donde he encontrado la acogida más amable en cuantos centros o entidades oficiales o particulares he visitado. Tampoco quiero dejar de expresar mi agradecimiento a aquellas personas que poseían colecciones de documentos del mayor interés para mis estudios y que las pusieron graciosamente a mi disposición y aun extremaron su cordialidad al facilitarme datos que aliviaron extraordinariamente mi tarea.

De haber carecido de estas facilidades y de esta ayuda, el fruto de mi trabajo hubiese sido menor.

De todo ello guardaré el recuerdo más cariñoso y una gratitud imborrable.

MARGOT SPONER»

Madrid, 27 de Octubre de 1926.

ASOCIACIÓN INICIADORA Y PROTECTORA DE LA REAL ACADEMIA GALLEGA EN LA HABANA

VELADA CELEBRADA POR LA MISMA EL 15 DE ABRIL DE 1926 (1)

DISCURSO DEL SEÑOR JESÚS PEYNÓ PIÑEIRO

Señor Presidente:
Señores Académicos:
Señoras:
Señores:

La Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega, ha introducido en sus Estatutos, de poco tiempo a esta parte, la innovación de solemnizar con una fiesta la imposición de

(1) Véase la reseña inserta en el número 183 del BOLETÍN.

medallas a los Académicos Correspondientes de dicha docta Corporación, cuando los nombramientos son hechos a propuesta suya. Yo encontraría muy plausible la idea si la Junta Directiva no hubiera tenido la ocurrencia de pedirme a mí un trabajo para leerlo ante un público tan culto como el que aquí se ha congregado, quien no sabrá perdonarme seguramente mi osadía, porque osadía grande es haber aceptado la invitación que se me hizo cuando el rehusarla tenía tan justificada excusa en mi notoria insuficiencia.

Pero lo hecho, hecho estaba, y no era cosa ya de retroceder, sino de salir del atolladero de la mejor manera posible, buscando al efecto un tema fácil de desarrollar y que tuviera alguna relación con este acto. Varios fueron los asuntos que he intentado tocar; pero todos, aun aquellos que para otros hubieran sido cosa llana y sencilla, se presentaron a mi pobre intelecto como intrincados problemas algebráicos. Esta observación necesaria os dará la medida del aprieto grande en que me hallo para deciros algo que haga honor a vuestra superior mentalidad.

Y no debe extrañaros que tal me acontezca. Yo soy un obrero más o menos preparado para trabajos de la mente que tienen relación con la diaria subsistencia, pero no estoy capacitado para tomar parte en estas justas del gay saber donde sólo los espíritus cultivados por el estudio irradian destellos de luz que iluminan las inteligencias y cautivan nuestros sentidos con dulces evocaciones de Arte y Poesía.

Permitidme, pues, señores Académicos, señoras y señores, que me circunscriba a unas cuantas divagaciones sobre Galicia, esa maga de mis ensueños, que en todos los momentos de mi larga vida de emigrado, sin poderlo remediar, me atrae hacia sí con la misma fuerza que el imán al acero. De esta manera os veréis compensados de los defectos de forma y de fondo de que adolece este trabajo, porque sé que vosotros amáis también a Galicia por encima de todas las cosas y, en gracia a Ella, habéis de ser benévolos conmigo.

Voy, pues, a hablaros de un prejuicio ancestral que aun en nuestros días, especialmente en América, nos sonroja a los buenos gallegos.

No conozco cosa más inquieta, más falaz y más imponente, que la opinión pública. Intentad contener el ímpetu asolador de un torrente desbordado, y no pareceréis tan insensatos como si pretendéis desviar el curso de la opinión cuando ésta se precipita mugiente, desbordada e irresistible en una dirección determinada.

El clamoreo público que levanta hoy sobre el pavés a un héroe, le sumerge mañana en el abismo; la voz general que encomia un día ciertas cosas, abomina de ellas al día siguiente; y en este hervor, en este frenesí, en este oleaje continuo, suben y bajan las reputaciones, encúmbranse y perecen los hombres, admítense los errores, deséchanse las verdades, tómase y déjase cuanto en el mundo existe, cual si giráramos incesantemente en loco y descompasado torbellino.

Es claro que la razón concluye por tener razón; pero, ¡al cabo de cuántos vaivenes, de cuántas oscilaciones, de cuántas injusticias! Para muchos hombres, como para muchas cosas, para muchas generaciones como para muchas doctrinas, para muchos pueblos como para muchos intereses, llega tarde la reparación, fiándose a la Historia el triste encargo de señalar lo infundado e inoportuno de juicios, conceptos, prevenciones y fórmulas que el tiempo borra o disipa mucho después de lo que por necesidad y por conveniencia debiera borrarlas o disiparlas.

Consíguese más mirando de soslayo los errores y las preocupaciones del vulgo, que poniéndose de frente abiertamente; confirmándose así que en lo humano la sagacidad, la astucia y la perseverancia domeñan al cabo e imperan sobre la fuerza bruta, sea cualquiera la forma en que ésta se manifieste. La paciencia es una virtud difícil y rara; pero si se la ejercita reflexiva y concienzudamente, no cabe duda que es el único medio de soportar con dignidad las injusticias de un momento dado y de preparar la rehabilitación merecida.

Yo no sé que de Galicia se haya dicho la afrenta que quiso imprimir sobre la Francia Paul Louis cuando la llamó un pueblo de lacayos; pero todavía siento que el carmín acude a mi rostro al recordar los denuestos, los improperios, las tonterías y las injusticias que en todos los tonos, a todas horas, por toda clase de personas y en todas partes se han dicho en prosa y en verso de una Región a quien la Naturaleza dotó de incomparables bellezas; de un país y de unas gentes en donde la laboriosidad, la honradez, la inteligencia y la virtud son proverbiales.

El mal es antiguo e inveterado. El canónigo Molina, a mediados del siglo XVI, ponía en su *Descripción del Reino de Galicia* estos versos:

> Hablar de Galicia y a quien la sublima
> Allá en otras partes por burla se toma:
> No hable del Papa quien nunca fué a Roma.

Lo mismo exactamente aconteció en los tres siglos siguientes, en que hablar de Galicia o de los gallegos era ocasión de burla y pretexto de grandes regocijos. No sé que admirar más, si la paciencia de los que tal soportaron, o la supina ignorancia de los que en tales groserías incurrían. El agravio que tanto nos sonroja es la acusación más grande contra el resto de la nación española, que ni conocía, ni apreciaba, ni tenía siquiera la más remota idea de una Región que es el encanto de los viajeros, admirados al contemplarla, y de unos hombres que, si rudos y ásperos en la forma, tienen clarísimo y perspicaz entendimiento, por regla general.

Galicia era desconocida enteramente para el resto de España, a tal punto que todavía allá por el año 1901 me preguntó en Madrid un hijo de allí, con cierto barniz de cultura, «si en la Coruña había señoritas», dándole, por supuesto, a la palabra un sentido social. ¡No puede sospecharse mayor ignorancia acerca de nuestra amada Galicia! Sus costas deliciosas; sus rías, que semejan lagos de incomparable hermosura; sus valles, siempre verdes, festoneados por montañas, suaves y graciosas las unas, abruptas y escuetas las otras, todas dibujando en el firmamento las siluetas más raras y caprichosas; sus ríos de mansa corriente y purísimo cristal, donde se contemplan estáticas las mil flores que esmaltan sus orillas; todo, hasta aquellas ciudades de tan histórica nombradía como Santiago de Compostela y Lugo; de tanta vida mercantil como la Coruña y Vigo; de tanta importancia como Ferrol; de tantos y tan dulces encantos como Pontevedra, todo, como si nada existiera para los que creían ciega y puramente que trasponiendo los desfiladeros de Piedrafita o de las Portillas, no había más que un país salvaje e inhospitalario, sin civilización, sin cultura, sin comodidades, sin historia y sin porvenir.

Poco importaba que de aquel ignorado rincón de la Península saliesen hombres como el P. Feijóo y el P. Sarmiento un día; como Ibáñez y Cornide otro; como Castro y Ferreiro; como Cavanilles y Lasagra; como Fontán y Varela Montes; como Méndez Núñez y Ulloa; como tantos y tantos que en las ciencias, en las artes, en la milicia, en el foro, en todos los ramos de la humana actividad demostraran que era digno de respeto el país que amamantara a sus pechos, y se envanecía justamente llamando sus hijos a varones de tan preclaro ingenio. El anatema absurdo e irracional seguía su marcha triunfante y no había más tipo del gallego que el del

aguador y el ama de cría, o el de los infelices que, huyendo de las más ásperas montañas, emigran a Castilla en la época de la siega o vienen a América para dedicarse a los oficios y menesteres más humildes.

Explicar satisfactoriamente fenómeno tan extraño es tarea imposible, porque nunca hay razón para lo irracional, lógica para lo ilógico, ni justicia para lo injusto. Trátase de una aberración, de un desvío constante y persistente del sentido común, y eso ni se sujeta a reglas ni admite prescripciones de ningún género, porque las colectividades cuando yerran o desvarían no tienen dique que las contenga ni freno que las reprima. Quizá mucha culpa quepa a nosotros mismos por nuestro carácter un poco suspicaz, por la desconfianza con que miramos a las cosas y a los hombres de nuestra tierra, por ciertos gérmenes de envidia que impiden la alabanza de lo que de cerca atañe, y arrastran a ensalzar todo lo ajeno, finalmente, por nuestro individualismo casi sombrío que ahoga, que mata, al embarazar la asociación, cuanto hay de fecundo y aceptable en otras prendas típicas de nuestro pueblo. La experiencia demuestra que la propia estimación, el justo y legítimo orgullo, no la ridícula vanidad, son factores interesantísimos para alcanzar justicia de los extraños, y por eso quien a sí mismo se menosprecia, difícil es que encuentre en los demás quien le saque de su ofuscación para ensalzarle y sublimarle como merezca.

De todos modos, las causas apuntadas son ligerísimas para justificar un hecho tan irritante como el desconcepto público de que por muchos siglos fué víctima Galicia, y lo fueron también sus hijos, muchos de los cuales eran bastante débiles para no alzar su frente y reivindicar enérgicamente a su país de las calumnias y miserables chanzonetas conque a todas horas se le maltrataba. En cambio, un extranjero eminente, un gran sabio y un gran político, Thiers, asombrado de nuestra heroica actitud durante la guerra de la Independencia, apreciando con sagaz y justísima crítica las condiciones físicas, morales y sociales de nuestro pueblo, estampaba en una obra célebre para eterna memoria y comienzo de una vindicación siempre esperada y siempre aplazada, «que Galicia merece ser tenida por uno de los grandes centros del poder español». ¡Qué vergüenza para los que creían que Galicia no debía ser nombrada siquiera más que para hacerla objeto de los epigramas y de las burlas más estúpidas! ¡Qué vergüenza para los que creían que Galicia no era un pueblo, sino un rebaño de man-

sísimos corderos! ¡Qué vergüenza para los que ni sospechaban que Galicia pudiese ser y debiese ser una de las más firmes columnas del poderío español!

En estos últimos años las cosas variaron de aspecto completamente. La facilidad de comunicaciones ha permitido a los incrédulos ver por sus propios ojos la verdad de las cosas, y la imprenta y el telégrafo, esos dos agentes poderosos de enseñanza, de civilización y de fraternidad, dijeron y repitieron mil y mil veces lo que antes se tenía por conseja de viejas o fanatismo de ilusos. Súpose con asombro que las provincias gallegas son de las más adelantadas en la educación e instrucción primaria; advirtióse que todas tienen excelentes caminos, y alguna, como la de Pontevedra, en escala sorprendente y extraordinaria; díjose que en las ciudades y villas vívese como en Madrid y Barcelona, y que el empedrado de las calles, la electricidad conque se iluminan de noche, los paseos y jardines que las embellecen, los teatros, los casinos, los establecimientos públicos, las lujosas tiendas, los periódicos y revistas, acusan y revelan tan gran progreso, que si en otras comarcas de España les igualan, ninguna les supera, salvo tres o cuatro de las más afamadas y populosas capitales.

El público acostumbróse a saber que gallego era Ballesteros, el político más liberal y el más ilustrado hacendista de las postrimerías de Fernando VII; vió morir brava y denodadamente en los campos de batalla a Pardiñas en la primera guerra civil; cuando en todos los tonos se repetía que Galicia era estéril en poetas, levantóse a protestar del modo más eficaz y contundente, esto es, con hechos contrarios, el insigne vate y notabilísimo publicista Pastor Díaz; combatía la fama de mezquindad el recuerdo de las larguezas, favores y rasgos del inolvidable comisario general de armada Varela; en el periodismo político y literario levantábanse Rúa Figueroa, Faraldo, Neira Mosquera, todos malogrados, y otros muchos que fuera prolijo enumerar; en el foro, en el Parlamento, en la alta política conquistaban lauros Ulloa, Romero Ortiz, Montero Ríos, Becerra, Bugallal y cien más; en la milicia, la gloria más pura y envidiable nos pertenece, porque gallego era Méndez Núñez y gallega la mayor parte de la tripulación que combatió en El Callao; y por último, el mundo científico, artístico y literario supo que teníamos un triángulo sublime, formado por tres mujeres insignes, en cuyo vértice se encuentra Concepción Arenal, quien apenas conocida en España era aplaudida y vitoreada en los Con-

gresos Penitenciarios de Londres, Stokolmo, Roma, Leningrado y Amberes, y sabios como Röder y Whines la proclamaban autoridad europea en tales materias; Rosalía Castro, la revolucionaria de la métrica, de quien dijo Castelar en su admirable prólogo a *Follas Novas,* que era «el poeta lírico por excelencia» y «un astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español»; Emilia Pardo Bazán, la escritora infatigable, de personalidad múltiple en diversos conocimientos humanos, en quien ha perdido Galicia su más valioso reivindicador y España uno de sus críticos de arte más notable; y supo también de un centenar de mujeres más que brillaron con luz propia en el campo de las letras patrias.

Las gentes dieron en decir que si por los frutos se conoce el árbol, y no acabamos de presentar sino una ligera muestra, grande, digno y hermoso debe ser el árbol de donde tales frutos salen. Con esta predisposición, cuando llegaron las descripciones fantásticas, los relatos pintorescos, las leyendas maravillosas, creyéronse a pies juntillas, y no hay ya quien no ansíe visitar lo que llaman, impropiamente por cierto, la Suiza española; todos arden en deseos de bañarse en aquellas encantadoras y frescas playas; de recorrer tantas y tan frondosas alamedas como la Naturaleza ofrece a cada paso; de subir a las montañas y contemplar desde allí vastos y deliciosos panoramas; de aspirar aquel ambiente siempre tibio y siempre perfumado; de gozar, en suma, las delicias que durante el verano buscan con afán, y muchas veces en vano, nuestros turistas en las vertientes del Pirineo o en las agitadas costas del Cantábrico.

Hoy son sobradamente conocidas nuestras deliciosas playas, y todos reconocen que Bayona, Marín, Villagarcía, la Coruña, Vigo, cien puntos más, no tienen rival como obra de la Naturaleza. El turista encuentra en ellas, desde la bien servida fonda hasta el lujoso hotel, y los restoranes y casinos y los medios de locomoción le proporcionan la comodidad de que en otras partes se disfruta; én fin, que no falta el entretenimiento y el bienestar de que ni por la salud ni por nada del mundo prescinde la colonia «fashionable» y elegante. Nuestras aguas minerales valen bien un tesoro. Las del Incio, las de Cuntis, las de Verín, las de Mondariz, las de Cortegada, las de Guitiriz, las de Lugo, las de Carballo, las de Caldelas de Tuy, las de La Toja, tantas y tantas como por todas partes brotan, son un venero inmenso de salud y de riqueza.

Nuestras artes aplicadas, nuestras industrias, nuestras manu-

facturas, conocidas son ventajosamente y testimonian el enorme progreso alcanzado por el pueblo gallego. Las grandiosas instituciones patrióticas y benéficas levantadas con el esfuerzo de los gallegos emigrados en toda América, la inmensa riqueza por ellos creada en estos países, la labor cultural que con una abnegación nunca bastante ponderada realizan las minúsculas Sociedades de instrucción, este mismo palacio del M. I. Centro Gallego con su Gran Teatro Nacional, pregonando van por doquiera la capacidad y las virtudes de la Raza gallega.

Pues bien, estas continuas manifestaciones de progreso y civilización han ido debilitando preocupaciones, recuerdos y hasta epigramas vulgares, que eran el «pan de cada día» en otros tiempos; y si es cierto que en la hora presente todavía se conservan y se utilizan, especialmente en América, frases contrarias a la dignidad del hombre y a la respetabilidad del extranjero, no culpemos a nadie de ello más que a nuestros defectos y a nuestras debilidades, que no nos permiten ver el daño que nos causamos combatiendo a nuestras colectividades y desdorando a los propios conterráneos. Con honda pena tengo que señalar aquí el espectáculo poco agradable que de cuando en vez nos ofrecen las veladas de la Colonia esos apropósitos y revistas que, escritas en gallego, se llevan a la escena, cuyos noveles autores creen asegurar el éxito de los mismos ridiculizando la tosquedad y los defectos característicos de nuestros aldeanos, olvidándose de aquellos otros asuntos que pudieran dignificarnos y enorgullecernos. Y así no es como se contribuye a nuestra total vindicación ante el concepto público, si no dando de mano a las pasiones que nos combaten, nos dividen y nos empequeñecen; difundiendo nuestras grandezas, cantando nuestras glorias, ponderando nuestras virtudes y propalando los méritos y el valer de nuestros conterráneos. Elevemos el pensamiento a las alturas e imitemos al magnífico y heroico Franco, que en los supremos instantes en que atraía hacia sí la admiración y los vítores del mundo entero, decía al final de un cablegrama de gracias al M. I. Centro Gallego: «Después de español, me siento muy orgulloso de ser gallego».

He dicho.

Litografía e Imprenta Roel — Coruña